ruso, que el conde de Erivan en persona conducia al ataque. Los Turcos se vieron precisados á replegarse, y Paskevitch resolvió proseguir su victoria y batir enteramente á su principal enemigo, antes que Haki-Pacha pudiese ser sabedor de que el seraskier se hallaba tan cerca de él. Dió la órden al jeneral Bourtzof para que inquietase el campo de Haki-Pacha, y se apresuró á concluir con el seraskier. Los Rusos atacaron en tres columnas: una, á las órdenes del jeneral Mouravief, rodeó el flanco izquierdo del enemigo, elevándose á espaldas de la montaña; la segunda, bajo el mando del jeneral Pankratief, volvió sobre la derecha; el jeneral Raiefski mandaba la tercera en el centro: este último tenia órden de esperar los ataques de las dos alas, y escojer el momento favorable para sostenerlas. Asaltados sobre los dos flancos por la infantería rusa, comenzaron los Turcos á ceder. Inmediatamente la caballería y la infantería lijera se arrojaron sobre la cresta de la montaña, y la retirada del enemigo se trocó bien pronto en una huida jeneral. Los Turcos abandonaron su artillería, y se refujiaron en desórden sobre los montes Saganlouk. Se encontró un rico botin en su campamento, y el campo de batalla cubierto de muertos atestiguaba la estension de sus pérdidas.

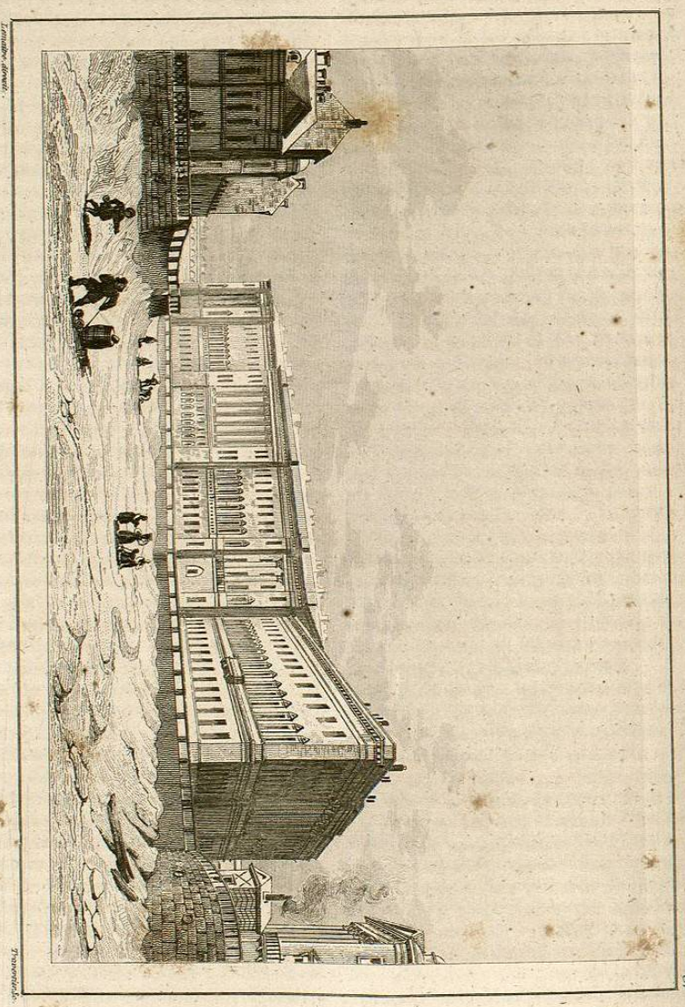
« Despues de aquella victoria, se volvió Paskevitch sin pérdida de tiempo contra el campo atrincherado de Haki-Pacha. Parece que aquel último ignoraba todavía la derrota del seraskier. Le enviaron un prisionero para hacérselo saber. El bajá queria capitular; mas sus tropas se opusieron á ello probablemente, puesto que el fuego de las baterías turcas volvia á principiar inmediatamente con fuerza. Aquella circunstancia decidió al conde Paskevitch á dar la señal del ataque, y el ejército ruso se desplegó en cinco columnas.

« La columna principal, conducida por el conde de Erivan, marchó directamente contra el enemigo; la segunda, á las órdenes de Pankratief, fué encargada de flanquear la posicion del enemigo para cortarle la retirada; las otras tres, á las órdenes de los jenerales Sacker, Mouravief y Leonof, se dirijieron sobre los caminos de Miggingerd, de Zanzah y del valle de Andjar. Las dos primeras columnas penetraron en el campamento, y le derrotaron; se apoderaron de los cañones humeantes todavía de los Turcos, y los volvieron inmediatamente contra los que huian. El jeneral Pankratief los alcanzó en su huida, é hizo gran número de prisioneros, entre los cuales se hallaba Haki-Pacha, teniente del seraskier. Las columnas destinadas á cortar la retirada del enemigo se encontraron con barrancos profundos, bosques espesos, y no pudieron impedir que se salvase una parte en los caminos y las gargantas de la llanura del Araxe. Seria difícil evaluar la pérdida de los Turcos en muertos y heridos; los prisioneros eran en número de mil y doscientos. Diez y nueve cañones, armas de toda especie, y todos los pertrechos del campamento cayeron en poder del vencedor. » (Estracto del ensayo biográfico é histórico sobre el conde Paskevitch, por J. Tolstoy).

El ejército ruso tenia que atravesar los montes Laganlouk para dirijirse sobre Erzeroum; la fortaleza de Hussein-Kalé se rindió á la primera intimacion. Los Rusos hallaron en ella almacenes de víveres considerables y veinte y nueve cañones.

El 27 de junio, acampaba el ejército de Paskevitch á alguna distancia de Erzeroum. Principió apoderándose de las alturas de Tap-Dagh, que dominan la ciudad, y desde aquella altura culminante, abrió la artillería rusa un fuego terrible contra la plaza, la cual capituló el 27 de junio. Además de las provisiones y municiones de toda especie se hallaron en ella ciento y cincuenta cañones. El seraskier y otros cuatro bajás fueron hechos prisioneros. Paskevitch fué nombrado caballero de primera clase de la órden militar de San Jorje, en recompensa de aquella brillante accion.

La toma de Erzeroum forzó al bajá de Van, que sitiaba á Bajazet, á retrogadar para acudir á la defensa de



SAN PETERSBURGO.
ST. PÉTERSBOURG.

Vista del Estado Mayor por la parte del Canal de la Moika en invierno.

su bajalato. El jeneral Bourtzof se apoderó de Baibourt, plaza de una gran importancia á causa de su posicion en las cercanías de las minas de cobre, de las que sacan los Turcos un producto considerable. Los Rusos continuaban estendiéndose, ocupando los puntos mas favorables, tanto para asegurar su nueva conquista como para facilitar otras nuevas. Sin embargo el jeneral Bourtzof salió de Baibourt para ir al encuentro de un cuerpo turco que se habia reunido sobre el camino de Trebisonda; le atacó cerca de un desfiladero hácia el pueblo de Khart, mas, envuelto por fuerzas superiores, cayó herido de una bala, y sus tropas se vieron precisadas á encerrarse en la plaza. Los Turcos volvieron á apoderarse de Baibourt, pero Paskevitch los arrojó de él despues de un asalto mortífero. El jeneral en jefe marchaba ya sobre Trebisonda, cuando tuvo la noticia que se habia firmade la paz en Andrinópolis entre la Rusia y la Puerta. Se volvió á Tiflis, y organizó una espedicion contra las hordas al norte del Cáucaso, que se hallaban en plena insurreccion.

Acababa de concluirse la campaña de Oriente de una manera gloriosa para los Rusos; el tratado de Andrinópolis, concluido el 14 de setiembre de 1829, les aseguraba ventajas que compensaban ampliamente sus sacrificios. Y sin embargo aquellos sacrificios fueron inmensos. Segun el parte del teniente coronel Chesney, en la primera campaña que tuvo, por resultado la toma de Varna y el levantamiento del sitio de Silistria, millares de Rusos perecieron en la peste, y perdieron treinta mil caballos. Segun los mismos informes, los Rusos atravesaron el Balkan en número de cuarenta mil hombres tan solo, y algunos dias despues se hallaba en los hospitales la cuarta parte. Dicho oficial añade que, sin contar los Bosnios que no avanzaron mas allá de sus propias fronteras, no han tenido jamás los Turcos sobre las armas en aquella guerra, mas de cien mil hombres de tropas irregulares y cuarenta mil de tropas regulares.

«Los Rusos se resentian cruelmente del efecto de las enfermedades que no atacaban á los Turcos, probablemente á causa de su práctica relijiosa de abluciones continuas.

Los Rusos sufrian tambien mucho de la falta de víveres, ó mas bien de lo que pertenecia al soldado, en virtud de los contratos de provisiones pasados con los oficiales.

«En Bucarest, en diciembre de 1829, el médico en jefe confesó la pérdida de doce mil Rusos muertos en la peste. En Varna, los oficiales rusos calculaban sus pérdidas en diez mil hombres. En Silistria, era terrible la mortandad. En Andrinópolis, murieron seis mil enfermos al cabo de tres meses. La pérdida total de los Rusos, en las dos campañas, fué de ciento y cuarenta mil hombres y de cincuenta mil caballos.» (Portofolio, nº. 26).

La Rusia acababa de salir de un gran peligro; las guerras de Oriente habian robustecido el espíritu de sus soldados, y á pesar de la pérdida de hombres y los gastos considerables que habia ocasionado la doble campaña de Persia y de Turquía, Nicolás habia logrado el objeto que le prescribia á un mismo tiempo la política constante de su gabinete y la situacion particular en que se hallaba á consecuencia de la sublevacion de 1825. La Grecia se encontraba definitivamente separada de la Turquía; el oro y las intrigas rusas conmovian profundamente los partidos en aquel estado colocado bajo la tutela de las potencias libertadoras, como si se hubiese temido que hubiese impelido hasta sus consecuencias naturales los principios de libertad que le habian sustraido al yugo otomano, y que la enerjía de un pueblo que se rejenera por sí mismo no pareciese un ejemplo peligroso para aquellos cuya política habia aniquilado recientemente la nacionalidad. La conformidad del culto entre la Rusia y la Grecia prometia á la primera un punto de apoyo sólido para todos los resortes que le importase hacer mover. Ya hemos visto las notas de los embajadores de Nicolás cerca de las cortes de Francia é Inglaterra; ha-

bian logrado asociar á los esfuerzos del imperio contra la Puerta, las fuerzas marítimas que habrian debido ser la salvaguardia de la inviolabilidad turca. Los Dardanelos no eran en adelante un obstáculo, y el Mediterraneo se abria en lo sucesivo libre y rico de promesas á los dominadores del Euxino. El Austria habia sucumbido en sus tentativas para oponer un freno continental á la marcha invasora de su poderosa rival. La Turquía se hallaba inundada de Rusos por el lado de la Persia, y el Cáucaso se humillaba ante las lejiones del norte, arrastradas por una inclinacion irresistible hácia aquellas comarcas fértiles y dichosas, cuna de los pueblos mas grandes de la antigüedad. Sin embargo los sacrificios que le habian costado á la Rusia aquellas ventajas eran inmensos, y tenia necesidad de reposo para cicatrizar sus llagas, reanimar la administracion interior, corroborar el espíritu de la juventud por un sistema de instruccion mas nacional, y coordinar los elementos de su fuerza agresiva con las condiciones de sus nuevas conquistas. Repentinamente estalla la revolucion de julio; la Francia, despertando de un largo sueño, destierra á los príncipes que la habia impuesto el influjo estranjero, y que, colocados en la alternativa de manifestarse hostiles á los que habian hecho la restauracion, ó de defender tibiamente los derechos del pueblo que la habia tolerado, olvidaron que la lejitimidad abdica desde el instante en que renuncia á aquella accion conservadora y celosa que constituye su fuerza, y rasgaron ellos mismos el trado de Viena atentando contra la constitucion que ellos habian jurado. Paris combatió durante tres dias, y la Francia fué libre. La Béljica imitó aquel ejemplo, se ajitó toda la Alemania, mas en ninguna parte resonó tanto el eco de los gritos de la libertad como en la Polonia. Sin embargo la revolucion de julio no fué la causa de la insurreccion de Varsovia; ya hemos visto anteriormente que una vasta conspiracion estendia sus raices en el ejército, en las universidades, y que la disposicion jeneral de los ánimos era favorable al objeto rejenerador que ella se proponia. En todas partes se hallaba el flúido eléctrico; bastaba una chispa para que reflejase poderosamente desde el Báltico hasta el Euxino. El hierro con que Constantino habia cubierto sus lejiones le servia de conductor, y la conmocion fué tan violenta, que se conmovió el trono del autócrata. Algunos años antes, habian discutido los Polacos la resolucion de pasar por las armas en la plaza del palacio al emperador Nicolás llegado recientemente á Varsovia. Los representantes retrocedieron ante la enormidad del atentado, y se desgració el golpe. Los mas apresurados se vieron obligados á esperar, y desde entónces el ejército, y principalmente la guarnicion de Varsovia, absorvieron bien pronto todas las sociedades secundarias, y todo lo que ardia en venganza y patriotismo descansó sobre la enerjía de los *hijos* del *czarevitch*. Las escuelas, los talleres, las provincias y la dieta misma que todos conspiraban, separadamente hasta entónces y á su modo, los abandonaron, por un instincto realmente inexplicable; los destinos de la Polonia.» (Mieroslawski.)

Durante cuatro meses de preparativos é indecisiones, maduraron los conspiradores su plan de conjuracion; segun todas las probalidades, la ejecucion fué retardada hasta la primavera siguiente, si la no disimulada intencion del czar, de marchar contra la Francia arrastrando por delante á la Polonia, no hubiese precipitado la época de aquella tentativa heroica; añadamos todavía á aquel motivo que, entre las numerosas arrestaciones hechas por la policía, algunas habian dispertado al gobierno, y que era importante no darle tiempo para reconocerse, y tomar las medidas que reclamaban las circunstancias. En la tarde del 29 de noviembre fueron invadidos los principales puntos de la capital por las tropas destinadas á obrar. Principiaron por asegurarse del arsenal, y el ataque del Belveder fué el objeto de todos los esfuerzos. Los abanderados

mandados por Wysolcki, y apoyados por algunas compañías de cazadores á pié y de la línea, debian ejecutar aquel atrevido golpe de mano. Los alumnos de la universidad vinieron á reunírsele y recibieron armas; bien pronto, en el silencio de la noche, se arrojan hácia la habitacioe de Constantino; el príncipe, ignorando cuanto se pasaba, estaba al punto de dormirse, cuando el ruido del ataque resonó á su alrededor; no tiene mas tiempo que para saltar de la cama y cubrir sus hombros con una bata, y se desliza sin ser apercibido en los jardines del palacio. Lubowicki, adicto á Constantino, cae traspasado con trece bayonetazos. Gendre, favorito del gran duque, sufre la misma suerte. Sin embargo, Wysolcki, dirijiéndose á los abanderados, esclamó: «¡Hermanos polacos, lituanios, volhynios, la hora de la libertad y de la venganza ha sonado!.. ¡A las armas!» Con aquellos débiles medios fué con los que algunos jóvenes entusiastas ensayaron destruir la obra de Catalina. Despues de haber luchado en vano contra muchos cuerpos rusos que los rechazaban en todas las direcciones, desesperaron los insurjentes de su causa durante un momento; mas el ruido de la fusilería habia dispertado á la ciudad; formáronse numerosas reuniones, y el pueblo se halló bien pronto reunido á los insurjentes. Organizóse la resistencia sobre todos los puntos; y la juventud, poniéndose á la cabeza de la muchedumbre que se dirijia hácia el arsenal, entonó el himno: Polonia, tú no te hallas sin defensores. Hauke, ministro de la guerra, fué despedazado; el jeneral Nowicki fué fusilado, porque el pueblo le habia tomado por Lewicki á quien odiaba. Trembicki, caido entre las manos de aquel jentío furioso de libertad que le instaba para que tomase parte en la sublevacion, respondió con entereza: «He jurado fidelidad á mi soberano;» y cayó víctima de su adhesion. Prolóngase la lucha durante algun tiempo del lado del arsenal: los Rusos ceden, y bien pronto todas las armas conservadas en los depósitos del edificio se hallan en las manos del pueblo. Los límites de nuestro cuadro no nos permiten entrar en los detalles de aquella memorable jornada. Causa tristeza al considerar que tanto heroismo haya sido estéril, y que muy á menudo una crueldad sin objeto haya dado á los esfuerzos del patriotismo la apariencia de una reaccion cruel. Apresuráronse á abrir las prisiones, y todos aquellos que los Rusos no habian tenido tiempo para enviarlos al ejército en retirada fueron inmediatamente puestos en libertad. El Belveder se hallaba invadido. El gran duque, acompañado del embajador de la córte de Berlin, sale furtivamente del jardin donde se habia escondido, y refujiándose en una choza, dirije á Nicolás y al rey de Prusia un informe sumario de lo que acababa de suceder. Aquel príncipe no veia ya á su alrededor mas que algunos jenerales y débiles reliquias del ejército tan brillante que él mismo habia formado. Al siguiente dia pudo juzgarse mejor del estado de las cosas, y es preciso confesar que ambas partes, es decir, en el campo de Constantino y en Varsovia, se llenó la medida del desórden y de la confusion. Los pillos se habian abalanzado á las tiendas de los judíos, y los despojaban en nombre de la justicia y de la libertad; el pueblo y los insurjentes reprimieron inmediatamente los desórdenes, mas aun faltaba á la muchedumbre una direccion, es decir, jefes.

Sin embargo el águila blanca apareció sobre los monumentos públicos, y la escarapela nacional fué la primera señal de reunion; la causa del pueblo parecia ganada, y desde entónces algunos nombres ilustres no titubearon en abrazar su partido. Los jenerales Sierawski y Pac fueron recibidos con trasportes de alegría por los insurjentes. Este último fué nombrado comandante mientras que se hallaba á Chlopicki, hácia el cual se dirijian todas las esperanzas. Chlopicki gozaba de una gran reputacion militar, y su popularidad resaltaba mucho mas todavía por el desagrado del gran duque en que habia incurrido. Sin embargo aquel jene-

ral, mas acostumbrado á calcular las suertes de una guerra regular que capaz de dirijir una insurreccion é improvisar recursos, se estaba en un paraje retirado y deploraba la temeridad de sus compatriotas en el instante mismo en que su nombre andaba en todas las bocas, en las que la fama de su valor hacia nacer la confianza en todos los corazones. Asegúrase que Lubecki habia hecho llegar á sus manos el estado del ejército activo del imperio, firmado por la mano de Nicolás. Las miras de aquel informe eran sin duda las de paralizar por de pronto las medidas de Chlopicki, haciéndole ver por un documento oficial que la Polonia no se hallaba en estado de luchar contra un ejército de doscientos y cincuenta mil hombres, destinados á sofocar las revoluciones del Occidente. De este modo, la política rusa se insinuó desde el principio en el ánimo de aquellos á quienes llamaba el pueblo para luchar contra ella. El consejo se habia reunido en el palacio de la banca, bajo la presidencia del conde Sobolewski, y nombres venerables prestaron á la aristocracia, mas bien arrastrada que favorable al movimiento, el apoyo de su consideracion. Lubecki era el alma de aquel consejo; creíanle enemigo de Constantino, y, con aquella máscara, pudo impunemente desorganizar la resistencia. Las actas del consejo no cesaron de hablar en nombre del emperador y rey, y de tratar la revolucion como un acto espontáneo, privado de miras y de significacion política. Sin embargo la exaltacion de las juntas, la de la juventud que se apresuraba al rededor del profesor Lelewel y el instinto de las miras contrabalanceaban la tendencia aristocrática. Los republicanos insistian sobre la necesidad de desarmar al czarevitch y sus tropas, sobre la de organizar la revolucion en todas las provincias del reino, y de rodear con una estrecha vijilancia á los fautores del antiguo gobierno. Eludiéronse aquellas peticiones enérjicas, pero con timidez y con todas las apariencias de la prudencia. Lubecki habia comprendido que se trataba menos de resistir al torrente que de abrirle un desagüe; disolvióse el antiguo consejo, y el nombramiento de algunos patriotas, entre los cuales figuraba Lelewel, adormeció las sospechas de los revolucionarios. Chlopicki fué proclamado jeneral en jefe á la unanimidad, y aquella eleccion fué la obra maestra de Lubecki, que estaba seguro de conservar todo su influjo, deslumbrándose á sí mismo.

La lucha tomó pues desde su oríjen un carácter mezquino; y desde entónces era fácil prever el resultado. Chlopicki obraba de buena fe, educado en la escuela de Kosciuszko, habia combatido gloriosamente en Italia á las órdenes de Dombrowski. «En 1807, mandaba el primer rejimiento del Vístula; y dos años despues, se hallaba al frente de cuatro rejimientos de la misma lejion. Mas, principalmente en España, á las órdenes del duque de la Albufera, fué donde adquirió aquella reputacion de talento é intrepidez que le valió mas tarde tanta gloria y popularidad... Herido en Mojaisk, Chlopicki vino á Paris para curarse, y permaneció en él hasta la primera y la segunda entrada de los Rusos.» (Mieroslawshi).

Alejandro le nombró jeneral de division, y con este título volvió á Versovia. No tardó mucho tiempo en caer en la desgracia de Constantino, y aquella desgracia misma aumentó su popularidad. Ignorábase aun la resolucion que tomaria el gran duque; las tropas que tenia á su alrededor habrian tal vez bastado para traerle triunfante á Varsovia; mas, fuese por temor de comprometerlo todo en el caso de un descalabro, fuese con la esperanza de que la aristocracía polaca haria mejor sus negocios que él mismo, trasfirió su cuartel jeneral á Mokotow, y resistió á todas las solicitaciones de sus jenerales que querian marchar contra la ciudad.

El consejo tomó algunas medidas, y se ocupó de la organizacion de la guardia nacional, de la de una guardia de bonor, y de algunas medidas de policía. Constantino se contentó con enviar á los cuerpos estacionados en las provincias la órden de reunírsele en Mokotow. Mas la noticia del movimiento de Varsovia se habia esparcido con la rapidez del rayo, y se dispensaron de obedecer á un príncipe que negociaba por el correo en vez de obrar. Casi sobre todos los puntos se movieron las tropas polacas, mas para ir á participar de los peligros de sus hermanos de armas. Szembeck, antes de conducir su brigada á la capital, fué á ver al gran duque, para darle cuenta de los motivos que le relevaban de toda obligacion para con él. Constantino le respondió que por todas partes le hacian traicion; que aquellos mismos á quienes habia colmado de beneficios le pagaban con felonía é ingratitud, pero que del otro lado del Bug doscientos mil hombres no aguardaban mas que una señal para invadir el reino y castigar á los rebeldes. Una diputacion del consejo anunció al gran duque que la nacion le dejaria la libertad de ir hasta la frontera, con la condicion de que la Rusia respetaria las promesas hechas por Alejandro, y de que daria garantías para en adelante. Despues de una conferencia de algunas horas, convinieron tácitamente en que se retirarian las tropas rusas y entrarian las guardias polacas en Varsovia. El czarevitch dió las seguridades de que los cuerpos de ejército que se hallaban en la Lituania no pasarian la frontera del reino, á pesar de estar persuadido de lo contrario. Propuso un cambio de prisioneros, y prometió intervenir cerca de su hermano en favor de los culpables. Los representantes recriminaron aquella espresion; y Ostrowski, uno de los diputados, esclamó: «No hay culpables, no hay mas que vencedores.» Por lo demás, nada se decidió en aquella conferencia, por lo que concernia al porvenir de la Polonia: no obstante, aquella especie de capitulacion arrastró la defeccion de las tropas polacas que habian permanecido fieles al gran duque. A su entrada en Varsovia, estuvo en poco que la exasperacion del pueblo hubiese sido muy funesta; mas la alegría de volver á ver á sus hermanos le volvió clemente con facilidad. El 4 de diciembre evacuaron los Rusos á Mokotow, y en la tarde del mismo dia, llegó el czarevitch á Gora-Kalwarya. Allí dió la libertad á los prisioneros de estado; conservando en aquella circunstancias sus costumbres de parada, les recomendaba conservar su rango, y tenerse derechos, encojiendo los hombros. Subió el Vístula hasta Pulawy, y se dirijió sobre Lubartow. El 13 de diciembre, entraron en la Lituania las tropas rusas. Sin embargo el pueblo se levantaba en masa, y no pedia otra cosa sino ser útil á la causa de la libertad y morir. Chlopicki no supo ó no quiso aprovecharse de aquel entusiasmo; aquel capitan, formado en la escuela de Napoleon, evaluaba las fuerzas del pais por el número de batallones organizados; y mandando á sus casas casi todos aquellos hombres cuya adhesion le embarazaba, creyó haber simplificado los elementos de la resistencia, reduciendo la lucha nacional á las proporciones mezquinas de una guerra estratéjica. Dejó al gran duque que hiciese su retirada tranquilamente. No obstante los Polacos tomaron posesion de la plaza fuerte de Modlin, cuya guarnicion entró en Rusia con armas y bagajes. La reorganizacion del consejo, del que se acababa de escluir á Lubecki, en siete miembros provisionales, habia impreso al movimiento una direccion mas francamente revolucionaria. Mas repentinamente se declaró Chlopicki dictador, y reasumió en sí solo la responsabilidad de los acontecimientos. Los unos aplaudieron, los otros murmuraron débilmente, previendo que el jenio de las medias medidas no seria fuerte sino ante las exijencias del partido exaltado. Desde entónces se halló decidido el porvenir de la Polonia; ¿qué podia la resistencia reducida á los ocho palatinados? ¿Podia reconstruirse seriamente una Polonia con la constitucion de Alejandro? Presintiendo el pueblo que aquel primer paso era una falta grave, pidió marchar á la Lituania. Los radicales le mantenian en aquella disposicion, y toda la Polonia pareció dividirse en tres cam-

pos: en el primero figuraba la aristocracia adicta á los Rusos, que apetecia un arreglo cualquiera y á todo precio; en la segunda se hallaban los hombres de buena fe, los constitucionales; en una palabra, todos aquellos que soñaban en las instituciones de 1815; en fin, la tercera comprendia los patriotas, los descontentos, los embrollones y el pueblo de las clases inferiores. El influjo de aquellos tres partidos permaneció sensible hasta la caida de la Polonia. A pesar de aquellas diverjencias tan deplorables, « los arsenales, los almacenes, los hospicios, las cajas del estado se llenaban sin que el tesoro contribuyese para ello. Las alhajas, la plata labrada, los muebles preciosos, los coches de gala, todo lo que podia valer alguna cosa entre las manos de los organizadores del ejército, era sacrificado con un apresuramiento que no podria atribuirse mas que á una abnegacion relijiosa ó á un entusiasmo fanático. Los jóvenes renunciaban á la herencia de sus padres, las mujeres corrian á echar en los cepos de las iglesias sus pendientes y sus anillos nupciales. Los muchachos entregaban clandestinamente á sus maestros los productos de sus ahorros, y hasta sus juguetes. Los frailes cargaban sobre sus carros de pedir limosna los comestibles ordinariamente abundantes en los claustros, y entregaban hasta sus raciones diarias á los encargados de los graneros públicos. Viéronse jóvenes entusiastas presentarse armados y seguidos de muchos soldados equipados á sus espensas, abandonar toda su fortuna, y hacer voto de castidad para no tener herederos que desposeer. Los oficiales ofrecian las dos terceras partes de sus sueldos, sus cordones, sus charreteras, sus águilas, los botones de sus casacas, etc. Los propietarios ricos equipaban y pagaban escuadrones enteros... Algunos repartieron sus vastas haciendas con sus arrendatarios, á condicion de que pelearian por la independencia. Los curas de las campiñas, acompañados de toda la parroquia armada, llevaban los despojos de las iglesias á los recibidores de distrito.... No se dejaban en los campanarios mas que una sola campana para llamar al somaten; las demás se empleaban en las fundiciones de cañones, y los clérigos eran siempre los primeros en desvastar las iglesias para armar y alimentar á los defensores de la patria.» (Mieroslawski). Mientras que veinte mil soldados se hallaban acampados bajo los muros de Praga y de Varsovia, otros veinte mil protejian los palatinados, de donde se arrojaban nuevos defensores. Los obstáculos puestos en la organizacion del ejército, tanto por la naturaleza misma de las cosas, como por la direccion suprema, acostumbraron los ánimos á la idea de que era preciso ceñirse á la resistencia, y renunciar á una guerra de iniciativa. La poblacion trabajó con un ardor increible en las fortificaciones de Varsovia. Cuando se vió, dice Mieroslawski, que los arrabales podian servir de abrigo al enemigo y poner trabas á los defensores, se reunieron espontaneamente los propietarios, y, armados con hachones incendiarios, se apresuraron á pegar fuego á sus propias casas. Un campo atrincherado abrazó todos los arrabales de Praga, y el recinto occidental de Varsovia fué protejido por una doble línea de fuertes aislados. Para defender todas aquellas obras, hubiera sido necesario un ejército de cien mil hombres, y las fuerzas reunidas de la Polonia insurreccionada no pasaron jamás de ochenta mil soldados. No era de este modo que los Rusos habian calculado cuando quemaron á Moscou en presencia del mismo Napoleon. Toda la enerjía de la nacion se desgastaba en teorías, y las juntas resumian fielmente los diversos partidos. El jeneral en jefe, impotente para equilibrar todos aquellos contrapesos, pedia la intervencion de la dieta; mas su dictadura improvisada contuvo aquella medida; y, en la necesidad en que se hallaba de comprimir todo lo que él llamaba desórden, atacó á las juntas que juzgaban sus actos con libertad: Chlopicki las hizo cerrar. Una revolucion que se enerva por sí misma no tiene vida;

las negociaciones entabladas con el emperador Nicolás no tenian otro significado que el que habria tenido la confesion pura y simple de la debilidad de los insurjentes. Lubecki fué encargado de aquella mision; se le dió por agregado á Jezierski; menos sin duda para ayudarle que para no abandonar á la interpretacion de los patriotas elementos de reprobacion demasiado notorios. Redactóse una protesta contra los abusos del czarevitch, y se recomendó al enviado exijir de Nicolás que adhiriese á muchas peticiones relativas á la independencia nacional, á la integridad del territorio y á la inviolabilidad de la constitucion. El consejo y la dictadura ponian por bases del tratado la espulsion de las tropas moscovitas del reino de Polonia, la reunion de las provincias lituanias y rusianas á los ocho palatinados, y garantías respetables para la observancia del pacto de 1815. Es claro que la Rusia no podia obtemperar á aquellas pretensiones; no podian arrancárselas sino por la fuerza; desde entónces era inútil y peligroso entrar en negociaciones. En el entretanto, el emperador envió á Varsovia al coronel Hauke. Amenazó en nombre de su amo, y la aristocracia se plugo á dar motivos plausibles á la prudencia y á la terjiversacion que habia tomado por reglas de su conducta. Abrióse la dieta en medio de aquellas circunstancias; hija del gobierno contra el cual se estaba en guerra, amalgáma de tradiciones constitucionales, de adhesion al pais, y cuyos sentimientos jeneralmente honrados no se hallaban sin embargo á la altura de los acontecimientos. Desde la salidad de Lubecki, los aristócratas de todos colores habian vuelto sus miradas hácia el príncipe Czartorysski. Aquel cambiamiento debia ser tanto mas fatal á los intereses de la insurreccion, por cuanto el príncipe queria con honradez y entereza lo que Lubecki aconsejaba con mala intencion. Seria no obstante injusto hacer responsables del mal éxito de la insurreccion á todos aquellos que tomaron sobre sí la difícil tarea de dirijirla. La unanimidad la mas perfecta entre todos los partidos, y que podia existir en Polonia menos que en todas partes, hubiera apenas bastado para conjurar la tempestad que amenazaba en el Norte. Los hombres colocados entónces á la cabeza de los negocios, aunque hubiesen estado resueltos á hacer todo jénero de sacrificios, no podian dejar de conocer la poca probabilidad del éxito.

Ellos respondian, no sin grande apariencia de razon, á todos aquellos que hubieran apetecido que todas las antiguas provincias de la Polonia fuesen llamadas á sacudir el yugo, que las unas estaban ya amoldadas á la obediencia, y que las otras, si se las llamaba para recobrar su antigua libertad, comunicarian el movimiento á las provincias que habian cabido á la Prusia y al Austria, lo que pondria en estado de hostilidad contra los insurjentes tres potencias cuyos intereses se hallarian entónces solidarios, y entre los cuales uno solo era suficiente para contrabalancear todas las fuerzas de la república. Aquel último medio era tal vez el único que ofrecia suertes favorables, mas solo en el caso en que la Francia hubiese puesto su espada en la balanza. En una situacion tan crítica, era necesario ser ó un hipócrita ó un patriota puro, para tomar en sus manos el timon de los negocios.

Antes de la apertura de la dieta, se presentó al dictador una diputacion de algunos nuncios para hacerle presente que la nacion no veia su salvacion sino en la guerra. Chlopicki recibió bastante mal aquellas representaciones, y sostuvo que su mision se ceñia á protejer los límites del reino de 1815. No pudieron pues ponerse de acuerdo, porque partian de principios opuestos; y desde el 18, procedieron las cámaras al nombramiento de mariscal: todos los votos recayeron en Ostrowski. Se ocuparon en primer lugar de la sancion del acta revolucionaria y de la confirmacion de la dictadura. El senado, en medio de aquel entusiasmo jeneral, aprobó lo que no podia impedir. El dictador, que se miraba siempre como el teniente del rey de Polonia, desaprobaba aquellas medi-

das, y ofreció su dimision. Cedió por último al voto jeneral, y se conservó la dictadura, pero con algunas restricciones. Todo lo que pudieron obtener de Chlopicki fué que mandaria el ejército en calidad de dictador y en nombre del rey. Semejante poder se neutralizaba en las consecuencias opuestas de un doble principio. «El primer acto del dictador fué asociaciarse una comision ejecutiva en lugar de un gobierno provisorio, que la apertura de la dieta habia deslumbrado.....»

Despues de haber medio organizado el gobierno y nombrado los ministros, se ocupó el dictador de la hacienda, de la fuerza armada, y de los recursos materiales para asegurar la subsistencia. El ejército regular presentó bien pronto un efectivo de cerca de treinta y cinco mil hombres de infantería y caballería; las nuevas levas armadas de hoces y picas, á falta de armas de fuego, y los rejimientos de caballería lijera, célebres bajo el nombre de Krakus y Mazures, doblaron poco mas ó menos aquel primer número: era pues con un ejército de cerca de setenta mil hombres que iba la Polonia á medirse contra todas las fuerzas disponibles de la Rusia. En cuanto al número de las tropas agresivas, es bastante difícil poder fijarle sino aproximativamente. Los Polacos las han exajerado con intento, al paso que los Rusos, por un motivo semejante, las han evaluado mucho menos de las que eran en realidad. Nosotros creemos que pueden evaluarse á ciento y cuarenta mil hombres, comprendiendo los refuerzos enviados sucesivamente. La guardia nacional, reducida á algunos millares de ciudadanos, apenas se hallaba en estado de ofrecer una seria resistencia en caso de ataque. Conservaron una numerosa guarnicion en Zamosc y Modlin, no permitiendo el tiempo improvisar nuevos puntos de defensa.

Sin embargo Nicolás, á la noticia de la insurreccion polaca, no habia perdonado medio para comprimirla desde su oríjen, ó para destruirla en el caso de que se manifestase amenazadora. Los éxitos de los Rusos en Persia y en Turquía habian robustecido el moral de su ejército; las guerras del Oriente la habian, es verdad, reducido considerablemente; mas permitiéndole los tratados disponer de todas sus fuerzas, amenazaba á la Polonia con el peso de sus armas y de su indignacion. En la situacion en que se hallaba, transijir con la insurreccion era consagrar la nacionalidad distinta de un pais que la política rusa no miraba sino como una provincia privilejiada, pero conquistada; era retrogradar hácia el Asia, y animar la defeccion probable de la Lituania y de las demás provincias antiguamente polacas. El caracter del czar era de un temperamento bastante fuerte para contemplar resueltamente el peligro, y su discernimiento demasiado seguro para dejar de calcular inmediatamente el peligro todavía mas grande que hubiera arrastrado contra él una condescendencia piadosa. Tenia para oponer al ardor de los Polacos un ejército aguerrido y afecto, mandado por jefes esperimentados. Bien pronto tomó su determinacion; el pueblo, orgulloso todavía con las ventajas recientes, sintió dispertarse su odio contra la Polonia constitucional, y apoyó aquella guerra con sus simpatías. Los planes del emperador Nicolás contra los revolucionarios del Occidente se hallaban rotos ó suspendidos por el hecho de la insurreccion polaca. La vanguardia, para servirnos de la espresion de Lafayette, se habia vuelto contra el cuerpo de ejército; no se trataba ya de dictar leyes á la Europa, sino mas bien de vijilar por la salvacion de la misma Rusia. Cuando Nicolás fué informado de la mision de Lubecki y de Jezierski, les hizo notificar en Narwa la prohibicion de pasar mas adelante, en atencion á que no reconocia en el gobierno insurreccional el derecho de tratar de potencia á potencia con el rey constitucional. Lubecki eludió aquella dificultad declarando que tanto él como su compañero viajaban como súbditos de Su Majestad. Seria superfluo decir que una negociacion entablada de aquel